Fermin Castro

Relatos en el filo de una hoja

Ediciones Corona Borealis

Relatos en el filo de una hoja - Fermín Castro

© 2015, Relatos en el filo de una hoja
© 2015, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
www.maquetacionlibros.com

Primera edición: Abril 2015

ISBN: 978-84-15465-76-8
Depósito Legal: MA 459-2015

Distribuidores: http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea eléctrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Gaviota 7
Tam… Ton… Tam. Suena las campanas a muerto. 19
Sirenum 25
Cachorro y León 27
Eufónico Lacetano 35
Órficos 37
Besos de Cristal 45
La Habitación del ayer 49
Medicina 51
La partida de cartas 53
La Ventana 55
Verde Tristeza 57
A sólo un metro de distancia el alma sangra. 63
El ser mitológico 67
El Caminante entre las sombras. 69
¿Y la nieve? 75
El Chico de la Maleta 79
Elección bajo incertidumbre 93

Vuelo AF447 95
El Río 103
El pensamiento malo 107
La costa de la noche…selénica 119
El Último 123
Don Milagro 129
El niño muerto 139
Niño Dios de Aire 143
Una rareza 149

Gaviota

Valentina Vladímirovna Tereshkova en 1963, con sólo 26 años lograba a bordo del Vostok 6 convertirse en la primera mujer en viajar al espacio. Su nombre en clave durante la misión fue Chaika (gaviota).

Hoy es el gran día. No me lo puedo creer. Miro mi brazo, llevo el traje espacial, blanco, acolchado, lleno de bultos. Parezco un insecto dentro de un capullo de seda. Tengo calor. Son los nervios.

«Tranquila, tranquila».

Miro la insignia en mi hombro, un rectángulo, aparece el número 5 y el 6 en los ángulos rectos con un contraste de rojo sobre blanco, el espacio que queda muestra a dos cohetes surcando vertiginosamente los cielos rumbo a las estrellas, blancos como gaviotas sobre fondo gris. Cierro los ojos.

«Yo voy en uno de ellos».

Cuando terminé la escuela entré a trabajar en una fábrica de neumáticos…estaba feliz por trabajar. Mis compañeros, hombres, pronto empezaron a verme como a una igual, ningún mes quedé la primera en número de neumáticos producidos, pero todos los

meses estaba dentro de los diez primeros…me respetaban…además está el asunto del capataz…nadie se había atrevido a pararle los pies…siempre he sido muy impulsiva… Me apunté al proyecto espacial en cuanto vi el anuncio…era como un juego…al principio, luego a medida que iba pasando las pruebas e iban quedando atrás las otras chicas…empezamos cuatrocientas…al final quedamos cinco…entonces es cuando me angustié…realmente hasta el final no pensaba realmente que podría hacerlo. Lo peor de todo ha sido mantenerlo en secreto…no poder gritarle al mundo que voy a subirme a ese cohete y voy a ser la primera mujer del espacio.

«Si no explota, claro».

«No pienses eso…no explotará…».

La luz de la habitación pasa de rojo a verde. Me levanto. Me dirijo a la puerta, con pasos torpes debido al traje. Dos hombres uniformados me esperan. Me ayudan a ponerme el casco. Me hablan. Veo en sus ojos una emoción contenida…admiración…uno de ellos me da una torpe y tímida palmada en el hombro. Me sonríe. Enfilo la rampa de lanzamiento, la pasarela que me conduce a mi capsula, la punta de flecha del esbelto Vostok 6, un cohete precioso, como una pelota de backminton alargada, hacía la mitad del largo cilindro surgen cuatro cilindros más, achaparrados, pegados, parecen formar una bella falda del cohete.

Estoy en mitad de la rampa. El aire me azota con fuerza, estoy a cuarenta metros del suelo. Me agarro con fuerza a la baranda.

«Ahora no…no… ahora no…» respiro con fuerza.

—Gaviota, aquí control de Misión, detecto un aumento del ritmo cardiaco. ¿Va todo bien?

Espero unos segundos para contestar. Trago saliva. Procuro no mirar hacia abajo. Lo hago…el mundo parece venirse encima…estoy sudando…he ocultado que padezco vértigo.

«Que ironía…la primera mujer del espacio y tengo miedo a las alturas…si se enteraran de mi secreto…».

Una voz que no es la mía, sale de mi boca, mis pies parecen andar de forma independiente, es como si mi cuerpo reaccionara y mi mente fuera detrás. Reanudo mi caminar. Esta vez erguida, firme.

«Ya pasó».

—Aquí Gaviota, ningún problema, sólo estaba echando un último vistazo…las vistas desde aquí son muy bonitas chicos.

«¿Cómo será la tierra desde allí arriba? Voy a saberlo dentro de poco…Cuando les he preguntado a los cosmonautas…todos han puesto esa extraña mirada y todos responden de la misma forma: Sólo, si vas, puedes saberlo».

—Aquí Control de Misión abriendo escotilla de capsula.

Ante mí se abre con un ruido de aire a presión la compuerta, un ovalo del tamaño de una persona. Está iluminado con luz azulada. Dentro está la cabina de vuelo.

Me giro y echo un último vistazo. A lo lejos, rielando sobre los rayos de la mañana veo un pájaro de plumas blancoazuladas planear entre las nubes. Es una gaviota.

En breve comenzará la cuenta atrás.

«¿Aquello que retumba es mi corazón, es el cohete?».

El asiento vibra de forma demencial. La aceleración es brutal, mi cuerpo se aplasta contra el respaldo, la cabeza se mueve hacia los lados.

«Como si la mano de un Dios niño cogiera al cohete para jugar conmigo dentro».

Sobre el casco se reflejan las luces parpadeantes de los botones de la cabina. Una voz lejana informa que va a dar comienzo la cuenta atrás.

Пять (Cinco)

—Abuela ¿en qué piensas?

La abuela deja de mirar la foto de la pared.

—¡Ah! mi princesita…, las abuelas tenemos los ojos en el pasado. Ven dame un beso.

La niña se sube a una silla y se inclina sobre la mesa cubierta de harina. Le da un beso a la abuela. La anciana extiende la masa y con sus arrugadas manos la amasa con energía.

—Abuela, que bien haces el pan. Yo cuando sea mayor quiero ser como tú y hacer el pan.

La abuela se detiene, deja de amasar, mira la foto enmarcada en la pared desnuda, junto a la foto de un joven militar, apuesto, hay una medalla dentro de un marquito de madera.

-¡No! –el repentino grito ha asustado a la niña que tiene las manos manchadas de blanca harina-. Lo siento…, ven dame un beso…no, prométeme que no acabarás tus días haciendo pan…un día tras otro haciendo pan…tienes unos ojos inteligentes…haz que esos ojos sueñen y después lánzate a perseguir esos sueños. ¡Nada de hacer pan! ¿Me lo prometes, Valentina?

Aturdida la niña lo promete, y lentamente baja de la silla y se queda atrás, mirando como su abuela amasa con furia el pan y mira de hito la foto del joven de la pared.

Четыре (Cuatro)

—Enséñamelas

—No.

—¿Qué? He dicho que me las enseñes.

—¡No! —la joven aprieta los puños y da un paso atrás. Están en el gimnasio, en las gradas desiertas cientos de ciegos y mudos asientos contemplan la escena que se desarrolla junto a la canasta de baloncesto.

—Todas me las han enseñado… ¿Tú vas a ser diferente? No tengas miedo sólo quiero verlas. No te preocupes no me gustas, todos dicen que eres más chico que chica…sólo quiero comprobarlo.

—No —la niña retrocede hasta que su espalda choca contra la base de la canasta. El chico se vuelca sobre la joven. Lleva un uniforme con el escudo del colegio de Secundaria. La agarra por el hombro, con la otra mano le soba un diminuto pecho por encima de la blusa con idéntico escudo de colegio.

—Pero si no tienes tetas, ja,ja,ja —el chico jadea excitado, se abre la portañuela y saca su pene erecto.

—¡No! ¡Hijo de puta!

La chica le da un rodillazo veloz como un rayo, impacta de lleno sobre las partes del muchacho que cae como un muñeco de trapo, en posición fetal, agarrándose su pene, jadeando de dolor. La chica sigue pateándolo, una, dos, tres, en la cara, en el pecho, en las manos que intentan cubrir su sexo dolorido; la chica jadea con cada patada, jadea y lo insulta.

—¡Nunca! –patada—. ¡Vuelvas! —patada—. A hacer algo así —patada.

Los asientos de la grada están mudos, silenciosos. Pero Valentina oye en su cabeza los aplausos reverberantes de aprobación de la cancha.

Три (Tres)

—Hola Valentina.

—Hola Chejod.

—He visto en el tablón las notas finales. Quiero que sepas que has sido una digna competidora.

Chejod Bauinik, estudiante de tercer grado de ingeniería en la Universidad Politécnica de Kiev. El tema del concurso era las ecuaciones diferenciales, ambos lograron la máxima puntuación. Para lograr el desempate el jurado les planteo un problema que debían resolver en cinco horas. Bauinik lo resolvió en tres y pico. Valentina necesitó agotar casi las cinco horas.

«Pero mi resolución matemática es mucho más elegante».

—El premio ha sido para ti…enhorabuena –la voz de Valentina suena agría.

—Alguien tenía que ganar…bien podrías haber sido tú…yo he tenido más suerte, nada más.

—Sabes que la suerte no ha tenido nada que ver.

—¿Qué quieres decir?

«Quiero decir, cabrón, que la beca será para ti porque eres un tío, y tíos eran los profesores que nos han corregido la prueba».

—No, nada…enhorabuena Chejod, tu trabajo no estaba mal.

«Y es cierto, lo reconozco, no está mal…¡Maldita sea!..., el mío era mejor».

Два (Dos)

—Vamos Valentina, ¡despierta!

—No…Hum… ¡Ah!..., por favor no levantes la persiana…la luz… no…cierra.

—Tenemos que ir a la entrega de los diplomas…ya sabes la graduación y todo eso… te lo advertí, te lo dije y no me hiciste caso… claro porque tú nunca haces caso.

—Sí Mami, me lo dijiste.

—Claro que te lo dije…eres imposible… ¿No sé por qué soy tu amiga?

—Porque soy irresistible —Valentina abraza a su amiga y le da un beso sonoro en la mejilla.

—¡Uf! Te huele el aliento a caverna de osos.

—¿Qué hora es?

—Las doce. Dentro de media hora comienza la ceremonia…tenía que haberte dejado dormir y que te licenciaras con una amonestación.

—Otra más. Eres una buena amiga.

La amiga le tiende el uniforme que se encuentra tirado por el suelo. Lo huele y frunce el ceño.

—Toma, póntelo, menos mal que el acto es al aire libre, huele a rayos, a tabaco y a alcohol…¿Quién ganó?

—¿No te quedaste a verlo?

—No, peleamos porque yo quería sacarte de allí e impedir la apuesta.

—¡Ah!… Gane yo…el teniente cayó redondo a la tercera botella.

—Joder Valentina… ¿Por qué tienes que tensarlo todo tanto? ¿Qué tienes que demostrar?

—Que no sé hacer pan y además no quiero aprender.

—¿Qué?

—Nada ayúdame a vestirme que nos van a amonestar a las dos… ¡Uf! mi cabeza. ¿Por qué me dejaste hacerlo?

—Vete al infierno.

Один (Uno)

—¡Valentina! ¡Valentina!

Un chico corre por el descampado que hay frente a la fábrica de neumáticos, agita un papel en la mano. Un grupo de chicas y chicos se detienen. Llega el joven con el papel, su rostro está sudoroso y sofocado.

—Toma, me la ha dado el cartero para ti.

Los jóvenes forman un semicírculo entorno a la muchacha, deben rondar los veintitantos. La chica morena coge la carta, sus amigos miran el sobre como si fuera la primera vez que vieran un sobre. Las manos de la joven están temblorosas, está mucho más nerviosa de lo que estaría dispuesta a reconocer.

—Vamos, ábrelo —le espeta un joven, lleva el mono de trabajo de la fábrica, tiene las manos manchadas con restos de grasa.

Valentina mira el rostro expectante de sus amigos… mira la carta, el sello muestra el perfil indiscutible de Lennin sobre una bandera roja agitada por el viento. La remite el Centro de Planificación Espacial. El Departamento de Instrucción de Cosmonautas. Rasga el sobre. Extrae la carta. Mecanografiada, oficial, apenas dos párrafos, escueta. La lee para sí, una vez, luego otra vez. Se le cae de las manos, el papel se ensucia en el barro del suelo. Una de sus amigas la recoge.

—¡Me han aceptado!

Todos estallan en gritos, y saltos, y abrazos, y se besan entre ellos, y ríen, y Valentina deja escapar, para su sorpresa y la de sus amigos, unas dulces lágrimas de felicidad.

«Me han aceptado…de entre cuatrocientas…he sido elegida… no me lo puedo creer…¡Me han aceptado!...voy a ser cosmonauta».

Ноль (Cero)

—¿Y qué va a ser lo siguiente? –dice el oficial dando un golpe en la mesa.

—Vamos, Ybromick, déjalo ya –su amigo, también oficial, le coge por el brazo

—Déjame…en la guerra era diferente…pero ahora.

El comandante Ybromick está borracho, lleva un buen rato bebiendo vodka, está *celebrando* que nuevamente le ha denegado su ingreso en el cuerpo de cosmonautas. Le rodean los hombres de su escuadrilla, veteranos de guerra también, viejas águilas de la II Guerra Mundial. Ybromick es comandante de caza.

—Ya vale.

—No lo dejo…las van a subir en un Vostock y las van a lanzar al espacio…nuestro lugar está allí…¿Cuántas horas de vuelo tienen? ¿Cuántas misiones de combate? No es justo. Vienen y nos arrebatan la gloria. Nosotros hemos ganado esto con esfuerzo, sudor y sangre –se lleva dos dedos a la insignia alada que lleva en el pecho. Apura su copa y la estrella contra la pared estallando y haciéndose añicos el vaso. Se hace el silencio en la cantina de oficiales.

Todas las mesas están ocupadas por hombres menos una en la que beben cinco mujeres con el uniforme azul claro de la escuela